

LAS OLLERIAS DE CAMPILLO DE ALTOBUEY: UNA ARTESANIA ALFARERA QUE SE EXTINGUE

Los escasos libros que se han publicado en nuestro país sobre los alfares españoles, así como los artículos recogidos en revistas especializadas sobre la misma cuestión, se refieren en la provincia de Cuenca a los obradores aún activos de la propia capital, de Priego y de Mota del Cuervo. Y es cierto que, frente a lo que sería de desear, solo permanece activo este triple foco, en constante disminución productiva, pero siempre muy admirado por la idiosincrasia de sus productos [1](#).

Sin embargo, han existido en otras localidades de nuestra provincia centros productores de artesanía alfarera, como son los de Barchín del Hoyo [2](#) o Campillo de Altobuey.

Quizá este dato sea desconocido para el gran público e incluso para algunos especialistas, y por esta razón, mediante este pequeño estudio me ocuparé de dejar constancia, al menos, de la producción artesanal que llevaron a cabo las olleras de Campillo de Altobuey donde, si bien sus hornos morunos hace algunas décadas que se apagaron, todavía vive y reside su último artesano alfarero —y me temo que de toda la Manchuela—, Vicente Castellano Esteban.

Es Vicente "El Ollero", cuyos conocimientos y buen hacer en el torneado del humilde barro se van a perder para siempre a menos que alguna institución tenga el coraje de impedirlo habilitando algún tipo de ayuda para este maestro de la arcilla con plenas facultades todavía para hacer rodar la volandera y subir la pella de barro hasta convertirla en un hermoso puchero.

En una amena conversación mantenida con él y sus familiares una tarde del mes de Agosto de 1992, Vicente me habló de sus trabajos con la arcilla, desde la preparación hasta su transformación en productos de su alfar, las dificultades que se le presentaron, que no fueron pocas, sus recuerdos y sus inquietudes. Y porque es de justicia que se sepa, voy a referirme a algunos datos de su biografía.

Nació Vicente Castellano Esteban en Campillo de Altobuey, el día 1 de octubre de 1914, contando, pues con una edad de 78 años al momento de redactar estas líneas. Quedó huérfano y, ante tal circunstancia, fue acogido por el matrimonio de olleros Patricio Huerta y Eusebia Pérez, quienes no solo le dieron su afecto sino que también le proporcionaron la sabiduría de este creativo y antiguo oficio artesano. Por tanto, el aprendizaje tuvo lugar en el seno de su propia familia adoptiva y fue la práctica constante en el oficio la que le proporcionó la maestría en el mismo. Su manejo actual del torno nos está hablando de un excelente maestro alfarero, pese a que todo fueron dificultades en el ejercicio de la profesión y tantas que se vio obligado a abandonarla hace unos veinticinco o treinta años; el escaso rendimiento económico que el oficio producía, la feroz competencia del vidrio, la porcelana y los plásticos y la prohibición y acoso constante de la guardia civil para impedir que se surtiera de la arcilla necesaria para su trabajo, le llevaron a optar por otras formas de ganarse la vida.

Pero el "gusanillo" del barro no se le ha ido nunca y aún ahora hace pequeñas piezas de menaje o animalillos para deleite de sus familiares y amigos.

Lo coherente y sensato en la actualidad habría de ser darle todas las facilidades, proporcionarle la arcilla que ya no tiene edad para extraer del barrero, dotarle de una mufla eléctrica donde hornear sus pucheros con la finalidad de evitarle el enorme trabajo que supondría la leña y el mantenimiento de un horno tradicional y rogarle que tenga a bien enseñar sus conocimientos artesanos a los jóvenes de la localidad o comarca dispuestos a recibirlos. Es lamentable que desde el centro escolar del pueblo y desde el propio ayuntamiento no se haya contado con Vicente Castellano para impartir a los escolares

algún taller de cerámica dentro del área de formación y expresión plástica que se incluye en su proceso educativo. Apuntada queda la idea, aunque quizá, como en tantas ocasiones, se llegue tarde.

HISTORIA DE LOS ALFARES CAMPILLANOS

El callejero campillano aún conserva en la actualidad el recuerdo de su pasada actividad en una calle con el nombre de "*Calle de las Ollerías*", separando dos antiguos arrabales, el del Coso y el de Cantarranas, en cuya periferia se habían de situar, necesariamente, los hornos y obradores.

Varios debieron existir y con seguridad sabemos la existencia y ubicación de dos de ellos: el del propio Vicente Castellano, heredero de sus padres adoptivos, y el de Mateo "el ollero", con una producción similar en ambos alfares.

Pero, si bien estos datos pueden referirse al presente siglo, la antigüedad de las ollerías campillanas es mucho mayor, ya que disponemos de información histórica sobre las mismas perteneciente al siglo XVIII. Y estas noticias nos vienen proporcionadas por la documentación manuscrita producida por el convento de agustinos descalzos de Nuestra Señora de La Loma, ubicado en las inmediaciones de la localidad. Así, en el "Libro de Caja" [3](#), comenzando en 1722, figura una relación de cuentas con diversos profesionales, siendo una de ellas con el **"Alfaharero. Quenta con Alonso Sahuquillo, alfaharero de esta Comunidad. Bartolo de Yepes; Juan Sahuquillo; Joseph Moreno, de Barchín, ollero"**.

Son los primeros alfareros campillanos con nombre y apellidos de los que, por el momento, tenemos información: **Alonso Sahuquillo, Bartolo de Yepes y Juan Sahuquillo**. Joseph Moreno, como bien indica el texto, es alfarero de Barchín del Hoyo, pueblo cuyas alfarerías también van a abastecer abundantemente las necesidades de menaje de la comunidad agustina, según más adelante comprobaremos.

Los asientos contables de gasto y recibo, llevados a cabo con una exquisita minuciosidad, de periodicidad semanal, siguen aportando informaciones clarísimas y de ellas voy a incluir aquí una selección para justificar la antigüedad de casi trescientos años de la alfarería de Campillo de Altobuey.

En el "Libro de gasto..." que se inicia el año de 1756 [4](#) figuran las siguientes anotaciones:

"Sábado 19 de junio ... de vedriado setenta y cinco rs."

Y en el mismo folio del libro y año anotado:

"Sábado 24 de julio ... de vedriado catorce rs."

Algunos años después, en 1763, se vuelve a hacer referencia al nombre de otro alfarero campillano, que viene a sumarse a los antes referidos:

"Sábado doce de Febrero ... a Pedro Pérez, ollero, en guijas i dinero, quarenta i quatro rs."

(Folio 32. vto.).

Sigue habiendo sucesivas anotaciones; en una de 1765 puede leerse:

Sábado 23 de Marzo... en platos para la cocina, catorce rs". (Folio 43, vto.).

En 1769 nuevamente encontramos otra referencia a otro artesano bien identificado:

"día 24 (de octubre) a Benito Castellano veinte rs. por siete docenas de escudillas". (Folio 221).

En 1805 las noticias se refieren incluso con la terminología que nos ha llegado:

"Sábado 6 de julio... en pucheros de la Ollería... doze reales". (Folio 279).

Hemos de tener en cuenta que "olleros" se llama a los alfareros en el Fuero de Cuenca, del siglo XII, y "ollerías" es nombre dado con frecuencia a sus obradores hasta el siglo XVIII y aún después [5](#).

Las propias anotaciones contables nos van hablando, al mencionarlas, de las distintas tipologías cerámicas que se fabricaban:

"Sábado 14 de Septiembre... En pucheros y una orza grande, siete reales" ... "Sábado 5 de Octubre ... en once docenas de platos, tres escudillas y ocho saleros, setenta rs." (Folio 281.).

"Sábado 15 de Febrero (de 1806)... en dos jarras y quatro pucheros, siete (reales)". (Folio 283. vto.).

"Sábado 19 de Abril (de 1806)... en seis docenas de alcaduces, treinta (reales)". (Folio 284, vto.).

"Sábado 3 de mayo (de 1806)... en siete docs. de escudillas, a treinta quartos, veinte y quatro (reales)". (Folio 284, vto.).

"Sábado 30 de Agosto (de 1806)... en una holla, tres pucheros y dos cazuelas para la Quintería, siete (reales)". (Folio 287).

"Sábado 27 de Septiembre (de 1806)... en dos docenas de tazas y dos jarras para el refectorio ciento y ocho rs." (Folio 287 vto.).

"Sábado 5 de Octubre (de 1816) ... en vedriado de las Ollerías, once (reales)". (Folio 339 vto.).

"Sábado 8 de Febrero (de 1817) ... en dos orzas y pucheros de las ollerías, ocho (reales)". (Folio 342).

"Sábado 12 de Julio (de 1817) ... en vedriado de las Ollerías, catorce (reales)". (Folio 349 vto.).

"Sábado 24 de Enero (de 1818) ... en vedriado de las Ollerías catorce (reales)" . (Folio 349 vto.).

"Sábado 6 de Noviembre (de 1819) ... en dos cántaros grandes que se habían encargado en las Ollerías para la limosna del mosto, diez rs." (Folio 370 vto.).

En fin, estas citas y muchas más en tono similar podrían recogerse como prueba de la producción alfarera campillana, que abastecía, sobre todo, al convento agustino de La Loma en donde llegaron a habitar hasta cuarenta religiosos quienes, además atendían y sostenían su hospital de dieciséis camas donde encontraban alivio menesterosos, caminantes, ancianos y peregrinos. Una comunidad tan abultada, el servicio del hospital, la clase de personas que en él se atendía (ancianos y achacosos) y la propia fragilidad de la cerámica, explican las ingentes cantidades de piezas de menaje que llegaron a comprar, y no solo en las ollerías de Campillo de Altobuey, pues también salen referencias al "vedriao" comprado a las alfarerías de Barchín del Hoyo, a las de Utiel y otros productos cerámicos de Valencia y Teruel, de los que están apareciendo restos en las obras de restauración que se están llevando a cabo en la Iglesia del convento agustino.

Por ejemplo, el "Libro de Gasto" a que me vengo refiriendo dice:

"Sábado 25 de Julio (de 1807) ... en catorce docenas de platos de Teruel, ochenta i quatro rs." (Folio 293).

"Sábado 12 de Enero (de 1765) ... en comprar ollas de Barchín, treinta y siete reales" (Folio 43).

"Sábado 16 de Febrero (de 1765) ... en comprar ollas de Barchín, diez y seis reales". (Folio 43 vto.).

"Sábado 6 de Sbre. (de 1800) ... en siete pucheros de Barchín, ocho rs." (Folio 245.).

EL PUCHERO DE LAS ANIMAS

En una colección particular de Campillo se conserva en perfecto estado un curioso puchero petitorio que debió ser propiedad de una antigua Cofradía de las Ánimas del Purgatorio. Este "Puchero de Animas" tiene alrededor de la boca la siguiente inscripción: **"SOY DE LAS ALMAS DEL PUGO"**.

Está vidriado al completo y como debió ser una pieza de encargo destinada a un piadoso menester, se le adornó con algunas figuras ornamentales realizadas mediante una técnica de incisión. Se trata de una pareja de esquemáticos pajarillos situados a ambos lados de un jarrón conteniendo unas flores, ubicados en la parte delantera de la vasija y debajo del pico vertedor; en la parte trasera del mismo, a un lado y otro del asa, un par de corazones, uno de ellos asaeteado y con una "A" mayúscula, quizá aludiendo a su propietario "Ánimas"; en el desarrollo del asa, una ondulante guirnalda, con intención flordelisada, se continúa hasta la base en un juego de curvas entrantes y salientes.

Es una pieza excelente, con veintiocho centímetros de altura y trece centímetros de diámetro en la boca, cuyos motivos decorativos se reproducen a un tercio, aproximadamente, de su tamaño original. Presenta todas las características de la alfarería campillana en forma y color, si bien, hecha con mucho mayor esmero que el común de las piezas.

Existió en Campillo de Altobuey una "Cofradía de las Ánimas Benditas" perfectamente documentada desde el siglo XVIII y con noticias sobre su funcionamiento mucho más anteriores, pudiendo remontarse al siglo XVI [6](#).

Entre los cometidos de algunos de sus cofrades estaba el de salir a pedir por el pueblo; eran los "pedidores de noche" y los "pedidores de Carnestolendas"; lo obtenido en estas rondas era subastado en almoneda pública y el producto obtenido destinado al culto de las ánimas del Purgatorio.

Pues bien, este puchero y otros similares, debió utilizarse en estos menesteres, recogiendo en él limosnas de vino, aceite, miel, harina, legumbres, etc. que, o bien eran subastadas directamente, o bien se confeccionaba con ellas "culebras de mazapán", "rollos de colación" y buñuelos que también eran subastados. (Recordemos que también los frailes agustinos encargaron en las ollerías cántaros para la recogida de limosna del mosto).

Por la grafía de las letras que forman la inscripción en la boca, este puchero corresponde al siglo XVIII y es una excelente pieza de museo que llena un capítulo más de la historia alfarera conquense y campillana en particular.

En definitiva, estamos ante una alfarería con solera, bien documentada históricamente durante casi tres siglos, de la que se nos han conservado bastantes piezas y de cuyos artesanos todavía tenemos la suerte de contar con la presencia de uno de ellos, Vicente Castellano Esteban, el último artesano alfarero de la Manchuela.

MATERIA PRIMA: LA ARCILLA

Después de este breve recorrido histórico vamos a adentrarnos en el proceso productivo.

La arcilla era extraída de los barreros del Tejar Viejo, en el paraje denominado "Los Lavajos", a unos dos kms. del pueblo. Vemos, según esto, que también se fabricaron tejas curvas árabes en Campillo. Este Tejar Viejo tenía una ubicación perfecta para desarrollar su actividad; situado en el lugar de obtención del barro, junto a unos lavajos o charcas que recogen el agua de la lluvia y que rara vez se secan y pozo para abastecerse de agua en el amasado, así como la leña suficiente para la cocción en los hornos proporcionada por el cercano monte.

Sirviéndose, pues, de los elementales pico, pala y azadón, se obtenía la arcilla en gruesos terrones para ser conducida, poco a poco, a la era situada junto al obrador, donde había de ser molida mediante el rulo de piedra troncocónico movido por una caballería o pequeño borriquillo. Detrás del rulo un sistema sencillo de hierros, ganchos o rastrillo, iba volviendo a remover la arcilla triturada para ser chafada de nuevo en la próxima pasada de rulo.

Con buen criterio práctico, cuando el alfarero consideraba la arcilla suficientemente desmenuzada, pasaba la tierra molida por una criba terrera que permitía la separación de las granzas, devueltas otra vez a la era para seguir siendo molturadas, y el desecho de piedrecillas que estropearían el futuro cacharro.

En un segundo proceso de refinado, lo obtenido con ese cernido era pasado después por una criba o cedazo de tamiz mucho más fino. Esta arcilla en polvo se ponía a remojo en una pila de piedra durante toda una noche antes de ser amasada por el alfarero y sus ayudantes, determinando por propia experiencia cuándo el sobado de la arcilla era suficiente y estaba dispuesta para ser trabajada.

La mayoría de las piezas se hacían con esta arcilla, si bien, cuando se quería hacer botijos y morteros se le mezclaba alguna tierra cementosa compactante sacada de otras vetas de los mismos parajes.

EL HORNO

A la vista de los restos que quedan debieron ser de la conocida tipología moruna, con una cámara de cocción abovedada y rendijas superiores de respiración, separada del hogar por una criba o suelo perforado con braveras que conducían el calor desde la parte inferior. El hogar era alimentado con romero, sabina, enebro, carrasca y otros arbustos leñosos que proporcionaba el monte del término municipal.

El proceso de cocción duraba entre diez y doce horas, casi el mismo tiempo que se dejaba enfriar para poder sacar las piezas en el deshornado. Al final del proceso de cocción, las rendijas y puerta del horno eran selladas con barro y cascotes para conservar el calor y obtener la temperatura adecuada, determinada a ojo por la propia experiencia del artesano y próxima a los mil grados centígrados. El

sulfuro de plomo cocido a menos de 800 grados puede ser dañino y en ocasiones han resultado envenenamientos producidos al tomar alimentos ácidos que habían sido contenidos en vasijas de baño plumbífero.

La carga del horno debía ser muy cuidadosa para que no se tocaran las piezas entre sí, lo cual produciría un desperfecto o que se soldaran unas piezas con otras en demasía, impidiendo luego su separación o inutilizándose para la venta.

MORFOLOGIA

La mayoría de las piezas tienen un carácter utilitario, si bien hay alguna concesión a la estética en aquellas que son concebidas para mero adorno. Pueden citarse las siguientes:

Pucheros

En mi opinión, las piezas que con más frecuencia y abundancia se hicieron fueron los pucheros; de todos los tamaños, vidriados por dentro al completo y por fuera excepto en unos centímetros próximos a la base, zona de contacto directo con el fuego. Según sus tamaños recibían diversos nombres, "de taza de caldo", "de una azumbre", "de media azumbre", "de dos volcadas", "de boda", etc. y su uso continuo variadísimo: contener y beber vino, calentar agua o caldo, guardar huevos o legumbres, preparar el potaje, el cocido u otras comidas de costumbre, reservar algún producto de la matazón, etc. Todos iban acompañados de su correspondiente tapa o cobertera.

Morteros

Igualmente de todos los tamaños; desde el más pequeño de majar un diente de ajo hasta los hermosísimos de hacer "ajoarriero" (también llamado "ajo" o "atascaburras") con cabida hasta para **"dos panes, tres kilos de patatas, un litro de aceite, otro de caldo y su correspondiente bacalao"**, que muy bien podía dar de comer a quince o veinte personas en una comida familiar y amistosa donde se pretende probar el sabor del nuevo aceite.

Suelen ir bañados por dentro y por fuera, siendo piezas muy estimadas, con adornos, con dos asas o pequeños mamelones laterales o sin ellos, a veces con alguna inscripción referente a su propietario, muy codiciados en los repartos de herencias y, puesto que no todo el mundo disponía de ellos, objeto de frecuente préstamo entre vecinos o familiares.

En general son de forma troncocónica, con base muy estrecha y boca muy ancha, pero pueden encontrarse diversas variantes.

Orzas

También de todos los tamaños, bañadas al completo interiormente y por fuera únicamente la boca o un poco más. Su utilidad principal, de todos conocida, es la de ser recipiente para conservar durante todo el año los productos de la matanza del cerdo, chorizos, morcillas, longanizas, lomo, enajado, etc. Pero además se usaban —y se usan— para curar aceitunas, guardar aceite, pan, legumbres, preparar encurtidos, tronchos (puntas de brotes tiernos de la vid) y agraces de uva en agua de sal, piñuelos (piñas de pino piñonero tiernas, cuando los piñones están en leche) y, en fin, cualquier otro uso que al ama de casa se le ocurriera o necesitara, viéndose con frecuencia convertida, como última dedicación, en tiesto que acoge un rosal o geráneo. Eran piezas destacadas en el ajuar de una novia.

Botijos

De varias formas y tamaños: bañados por fuera y adornados frecuentemente con algún sencillo dibujo o relieves hechos con un cucurucho de tela o papel.

Vicente Castellano Esteban me comentó, en nuestra conversación del 25 de Agosto, que, por lo que él sabe, nunca se habían hecho botijos blancos como lo de Priego, en los que interviene la sal; debieron ser, por tanto, los llamados "botijos de invierno" o los "botijos de verano coloraos" y las "botijas de castaña" de lado aplanado.

Caloríferos

O "barril calentacamás", bañados por fuera, con un único orificio que permitía su llenado con agua caliente y caldear un poco las sábanas en los meses de invierno o confortar alguna persona enferma, si le iban bien este tipo de calor húmedo, pues si lo que necesitaba era calor seco se recurría a un ladrillo macizo puesto a calentar y envuelto en algún paño para atenuar sus efectos.

Estos barriles, antecesores de las actuales bolsas de goma, no se hacían más que de dos tamaños; uno de sus extremos liso, recto, y el otro bombeado, dándole un peculiar aspecto.

Lebrillos

De varios tamaños, barnizados por dentro y por fuera (o solamente parte del exterior), también muy estimados en el ajuar y menaje doméstico. Servían como depósito o recipiente para cualquier actividad que tuviese que llevar a cabo la práctica ama de casa: guardar dulces caseros (madalenas, rolletes, galletas, cristalinas, almendrados, etc.), recoger la sangre del puerco en la matazón, adobar la masa para los embutidos, recoger agua, contener hortalizas y frutas, amasar, preparar conservas, etc.

Su boca suele estar muy reforzada y saliente para así cogerlo mejor, puesto que no tienen asas o se ven reducidas a dos mamelones; en ocasiones disponen de un par de orificios, cercanos al borde, donde pasar una cuerda que permita colgarlos.

Lebrillas

En femenino, como los anteriores en forma y tamaño, pero sin barnizar y por ello dedicados a tareas caseras menos delicadas, como fregar los platos, lavado de ropa, aseo personal, preparación de comida para los animales, preparación de cal para enjalbregar, etc.

Tinajas

De dimensiones más reducidas que las bodegueras, sus tamaños eran equivalentes a los de todas las orzas, pero, a diferencia de estas, las tinajas no se vidriaban; lo frecuente era que fuesen bastante mayores que la orza más grande, aunque pueden encontrarse de todos los tamaños.

Se usaban para guardar vino, aceite, agua, harina, cereales, legumbres, sal, etc. Solían tener un orificio en la parte inferior para permitir su vaciado y limpieza. Se las cubría con una tapa de madera circular con asa.

Regadores

Recipiente cilíndrico con un orificio en la base para dejar salir el agua con la que regar el piso de la casa cuando estas no disponían de enladrillado y tenían, únicamente, tierra apisonada coloreada con almagra. El ama de casa se entretenía haciendo círculos y "caracoles" (espirales) tapando y destapando con sus dedos el orificio de salida del agua, de tal modo que no le quedaran charcos, necesitando para ello una cierta habilidad. Eran piezas no bañadas y exclusivamente se usaban para este riego casero.

Arcaduces

O cangilones de noria, para sacar agua de pozos con la que regar pequeñas huertas familiares. Sin vidriar. Ya vimos que los agustinos de Campillo los compraban para sus norias.

Tuberías

De riego o desagüe, por tramos de un metro, aproximadamente, que se encajan unos en otros, vidriados en el interior.

Al hacerse mucho más anchas, podían usarse para cañones de las estufas y conducir el humo al exterior de las casas.

Fuentes

Para servir la comida, ovaladas y de varios tamaños y profundidad, con baño por dentro y por fuera, servían a la familia de plato colectivo.

Jarras y Jarros

Las jarras con perfil más sinuoso y esbelto y los jarros más chatos y rectos, siempre con un asa y pico para verter, diversidad de tamaños y vidriados interior y exteriormente.

Especieros

De tres pocillos, unidos por el centro entre sí y permitiendo acoplar un asa para su manejo; o bien de cuatro pocillos, unidos dos a dos del mismo modo y con el mismo tipo de asa. Tapaderas con una pequeña ranura que deja salir el rabo de la cucharilla. Baño completo al exterior e interior.

Rinconeras

Y maceteros, como piezas de mero adorno para zaguanes y pasillos, vidriados, precisamente por la función estética que estaban destinados a cumplir, y de variadas formas y tamaños.

Es posible que hubiera algún otro tipo de pieza, pero estos son los que la buena memoria de Vicente Castellano me proporcionó y contrasté con la documentación y bibliografía consultada, así como con la actual producción de otros alfares y las piezas conservadas en familias de Campillo que han tenido el buen gusto de guardarlas permitiendo así que sean conocidas por los más jóvenes.

EL TORNO

Nunca ha sido eléctrico; no dio tiempo; el propio artesano lo movía con su pie y es de la tipología frecuente y conocida en Cuenca o Priego, con una rueda inferior volandera y otra superior y más pequeña, la cabezuela, donde se hace subir al barro, asiento para el artesano y bancos laterales para colocar la arcilla y el producto torneado.

El bien sencillo instrumental se reduce a un hilo resistente para cortar y separar la pieza por su base, un trozo de caña para alisar y un pequeño recipiente con agua para humedecerse las manos y un trapo para suavizar.

Normalmente las piezas acabadas son dejadas al oreo un par de días como mínimo, para que perdiesen la humedad, siendo entonces cuando se les pegaban las asas. Los arcaduces de noria no eran oreados.

EL VIDRIADO

Se conseguía mediante un baño dado con el "alcohol de alfarero", también llamado "alcohol de hoja", que no es otra cosa que sulfuro de plomo (azufre y plomo) o galena disuelto en agua, proveniente de las minas de Linares (Jaén).

Es el producto más caro de todo el proceso, pudiéndose observar en algunas piezas de las conservadas que el artesano, en cualquier época de la historia, es un auténtico avaro del líquido del baño y trata de ahorrar todo lo que puede. Esta observación me la confirma Vicente Castellano, pues recuerda que el producto, el "alcohol", era carísimo y cuanto apenas sacaban para pagarlo. Primero lo recibían de Linares granulado, debiéndose ocupar de molerlo finamente en un molino pétreo de tracción manual; posteriormente lo recibían ya molido y transformado en fino polvo de color azul grisáceo, dispuesto para ser mezclado con agua.

Para conseguir tonalidades de vidriado más rojizas, se añadía al sulfuro de plomo jienense óxido de hierro procedente de las fraguas y herrerías de la localidad y proporcionado desinteresadamente por los herreros; esta herrumbre era bien machacada y cernida y el finísimo polvo rojo oscuro se añadía al "alcohol".

Una vez se bañaban las piezas, estas permanecían unos quince días secándose antes de ser introducidas en el horno para su cocción.

Eulalia Castellote y Alfonso Garcés comentan en su obra sobre la cerámica popular de Camporreal [7](#) que existen varias clases en el alcohol del alfarero, de 1ª, 2ª y 3ª. Las tres vienen a dar el mismo tono final, pero el de tercera, por sus impurezas, produce manchas y da un fundido irregular. Sin embargo el de 1ª, el mejor, da un tono melado, más o menos oscuro, según la concentración y combustible empleado.

COMERCIALIZACIÓN

Lo más frecuente era que la gente acudiese a comprar al propio domicilio del artesano, cuya vivienda se veía convertida en almacén-expositor; portal, cocina, cueva, cámara, incluso dormitorios eran buenos para dejar los productos alfareros.

Alguna vez salía a vender al mercado de la plaza y menos, aunque también ocurría, a algunos pueblos de los alrededores, aceptando también pagos en especie.

Vossen, Seseña y Köpke, recogen en su obra sobre los alfares de España (vid. nota 1) un rico informe sobre la alfarería española; en él se afirma y reconoce sin ningún miedo el gran valor artístico y cultural incalculable de la cerámica popular española. Este informe trascendió a la prensa escrita, haciéndose eco del mismo el diario "Informaciones" de Madrid del día 29 de Noviembre de 1973, donde daba cuenta de la situación de la cerámica popular española. El informe avisa de la disminución acelerada de alfares y el peligro de su total extinción. Las ollerías de Campillo de Altobuey ya no trabajan el barro; se ha extinguido su producción y uno, sólo uno, de sus alfareros, Vicente Castellano, conoce y es el depositario de la ancestral sabiduría de la ollería campillana.

El informe citado reconoce la enorme competencia del plástico y el vidrio, y a lo mismo hacía referencia Vicente Castellano en la entrevista sostenida con él. El agua corriente en las casas de nuestros pueblos y ciudades ha dado de lado a hermosos recipientes de barro destinados a almacenarla; las mujeres no precisan acarrear cántaros en sus cabezas para aprovisionarse de agua; basta abrir el grifo y el líquido elemento fluye con toda comodidad. Si a ello añadimos la ausencia de ayudas oficiales, la falta de protección por quien debía y podía facilitarla, la inexistencia de centros de formación, la grave escasez —como dice el informe— de museos provinciales con colecciones representativas, las escasísimas exposiciones de cierta altura que se celebran, la gravísima adulteración de las formas tradicionales y tantos y tantos otros problemas, comprenderemos el tono de lamento que encierra el mencionado informe. Pero es una queja llena de amor y esperanza, porque da soluciones y presenta alternativas, sugiriendo la creación de cooperativas, abogando por la exención de impuestos y por la concesión de créditos ventajosos, indicando la necesidad de llevar a cabo estudios para mayor conocimiento, así como proponiendo campañas de propaganda que la hagan ser valorada y estimada.

Nunca insistiremos lo suficiente en la necesidad de crear en nuestro país Museos de Etnología, artes y tradiciones populares. Todo está por hacer en esta materia y a poco que nos descuidemos será una tarea ímproba si no imposible, porque está desapareciendo nuestro patrimonio etnológico a marchas forzadas y está saliendo del país en medio de la más absoluta impunidad ante la indiferencia de las autoridades y los particulares.

Cuando en este país se empieza a hacer lo que han hecho los alemanes, reunir una colección de tres mil piezas de cerámica española actual, utillaje, etc., que se conserva en el Museo Etnológico de Hamburgo, podremos decir que no todo se ha perdido. De fuera han de venir a cantarnos las excelencias de nuestra producción alfarera, antigua y actual, y mientras tanto no sabemos aprovechar y recuperar la experiencia y los conocimientos de maestros artesanos como Vicente Castellano Esteban, Vicente "El Ollero" de Campillo de Altobuey, y de tantos otros ubicados en apartados rincones de la geografía nacional.

Esperemos que el llamado "fenómeno de la segunda generación", según el cual los hijos de los primeros en irse a la ciudad valoran y estiman lo de sus abuelos, frente a sus propios padres que lo rechazan, produzca sus efectos, deseados efectos, de interés por recuperar y conocer esta faceta tan importante de nuestro patrimonio etnológico.

Ya es tiempo de fundar ese Museo provincial de alfarería conquense, donde estén presentes y bien representados los alfares aún activos de Priego, Cuenca y Mota del Cuervo, y los ya fenecidos de Barchín del Hoyo y Campillo de Altobuey, entre otros. Ya es tiempo de recoger en nuestros pueblos, en pequeños y encantadores museos municipales o parroquiales, o en mimadas colecciones particulares, las señas de identidad del bagaje cultural conquense.

SANTIAGO MONTOYA BELEÑA

1. Vossen, R., Seseña, N., y Köpke, W. **«Guía de los alfares de España»**. Edi. Nacional. Madrid, 1981. Pág. 113-118.
 -Llorens Artigas, J. y Corredor-Matheos, J. **«Cerámica popular española»**. Edi. Blume. Barcelona, 1982. Pág. 99-102.
 -Barba Rueda. C. **«Artesanía de Castilla-La Mancha»**. Edi. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo. 1985. Pág. 19-20.
 -Orts Bañón. D. **«La cerámica en Cuenca»**.
 -Sánchez Sanz, M^a E. **«La alfarería y los alfareros de Priego»**.
 -Sánchez Sanz, M^a E. **«Breve nota sobre la alfarería de Mota del Cuervo»**.
 -Publicados los tres artículos en la revista *Narria*. **«Estudios de artes y costumbres populares»**. Nº 5. Marzo 1977. Edi. por el Museo de Artes y Tradiciones populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Pág. 3-14.
 -VV.AA. **«Alfarería popular en Mota del Cuervo»**. Edi. por la Diputación Provincial de Cuenca. Cuenca, 1990. Dispone de excelentes ilustraciones.
 -VV.AA. **«Estudio etnográfico de la alfarería conquense»**. Edi. por la Diputación Provincial de Cuenca. Cuenca, 1978.
2. Ruiz Garro, J. **«La historia de una técnica ancestral. Los últimos cacharros de Barchín»**. En *Olcades. Temas de Cuenca*. Vol. I. Edi. Olcades. Cuenca, 1981. Pág. 111-116.
3. **«Libro de Caja. Agustinos de Campillo. Comenzó este libro de Caja el año 1722, siendo prior el P. Fr. Agustín de San Joseph»**. Manuscrito. Archivo Histórico Nacional de Madrid. Sección Clero. Signatura 3173. (Proviene del Archivo de Cuenca). Pág. 201.
4. **«Libro de Gasto de este convento de Ntra. Sra. de La Loma de la villa de Campillo»**. Dio principio el año de 1756. Manuscrito. Colección particular. Fol 2.
5. Osuna Ruiz, M. **«Un alfar de cerámicas populares del siglo XVII en Cuenca»**. Edita Patronato Arquelógico Provincial. Cuenca, 1976. Pág. 35 y ss.
6. **«Cofradía de las Ánimas Benditas»**. Manuscrito. 1744. Archivo Parroquial de Campillo de Altobuey.
7. Castellote, E. y Garcés, A. **«Cerámica popular: Camporreal»**. Edi. por la Diputación Provincial de Madrid. Madrid, 1978. Pág. 98.